

LÓPEZ SASTRE, Gerardo; MARTÍNEZ MESA, Francisco José; RODRÍGUEZ GARCÍA, Margarita Eva y SÁNCHEZ-MEJÍA, María Luisa (coords.), *Las luces del progreso y la conciencia de la Modernidad*, Madrid: Tecnos, 2023, 397 pp.

Con la grandilocuencia que a veces emplean los investigadores para adjetivar las etapas o periodos históricos, el siglo XVIII ha sido llamado de la Razón, del Progreso, de la Historia o de las Academias según lo que cada uno quisiera destacar. Quedan así opacadas las tendencias antiilustradas, tradicionalistas, conservadoras o retardatarias que suelen coexistir con las primeras. No es el caso del volumen que aquí nos ocupa, en el que se analiza y estudia el desarrollo de la idea de progreso en la Ilustración, pero sin disimular u omitir algunas las críticas que recibieron los teóricos del adelantamiento o sus implicaciones negativas al ponerse en práctica. Esta perspectiva más compleja y matizada es el resultado de la reflexión de los propios coordinadores del libro (Gerardo López Sastre, Margarita Eva Rodríguez García, Francisco Martínez Mesa y María Luisa Sánchez-Mejía), todos ellos profesores de universidad y expertos dieciochistas. Cabe reconocer y agradecerles además que hayan conseguido mantener vivo durante la pandemia un seminario mensual sobre la Ilustración, que ya tiene una larga trayectoria y que es un espacio insustituible para el intercambio intelectual y la reflexión. De hecho, esta publicación es el resultado de la última colaboración entre once de los participantes, tanto españoles como extranjeros, que han recogido aquí sus investigaciones.

Como el propio título indica la obra trata sobre la modernidad y el progreso, un tema que entra de lleno en uno de los debates más controvertidos que hay en las ciencias sociales desde pongamos principios del siglo XXI e incluso antes. El multiculturalismo, la decolonización o los estudios de género han sometido el progreso a una severa crítica y revisión, que en esencia ha consistido en destacar sus efectos negativos y las atrocidades cometidas en su nombre. En el otro polo del debate se sitúan los argumentos de los llamados «nuevos optimistas», panglossianos modernos, cuyo máximo representante es Steven Pinker. La publicación en 2018 de su libro titulado *Enlightenment Now: The Case for Reason, Science, Humanism, and Progress* causó un enorme revuelo, que venía a superponerse sobre el originado por el libro de 2010 de Matt Ridley titulado *The Rational Optimist: How Prosperity Evolves* o por el de Johan Norberg en 2016 llamado *Progress: Ten Reasons to Look Forward to the Future*, entre otros. Con mayor o menor profundidad y rigor científico, todos comparten una valoración positiva de las consecuencias que ha tenido el progreso en el desarrollo y avance de la humanidad, lo que además implica difundir un mensaje de confianza en el futuro frente a los augurios apocalípticos y catastrofistas. En realidad, estos juicios dispares sobre la modernidad guardan bastante similitud con el debate que se originó en Europa tras el terremoto de Lisboa en 1755, que como no podía ser de otra manera ocupa un capítulo en el libro que reseñamos. En concreto es la profesora Alicia Villar Ezcurra la encargada de analizar la

quiebra que supuso para el optimismo europeo la devastación causada por el terremoto, así como estudiar su plasmación en el pensamiento y la obra de Voltaire y Rousseau.

Bien, pues en el centro de estos debates se sitúa este libro, aunque como he dicho con una perspectiva más matizada y distanciada porque vuelve la vista al siglo XVIII para rastrear el origen de la idea de progreso y las diversas conceptualizaciones que se elaboraron. Sin embargo, el capítulo que abre el volumen es precisamente el único que aborda este asunto desde una perspectiva actual. Bajo el título «La actualidad del “progreso” ilustrado» el profesor Gerardo López Sastre analiza la valoración que de la modernidad y el progreso realizaron notables filósofos del siglo XX (Mircea Eliade o Richard Rorty). Ciertamente, como señala, los juicios que unos u otros hicieron sobre la modernidad y el progreso dependían en buena medida de la consideración positiva o negativa que tuvieran de su presente. La segunda parte, sin embargo, está dedicada a exponer el pensamiento de David Hume sobre el progreso, filósofo del que López Sastre es especialista. Pudieran parecer dos partes inconexas, pero no lo son. El nexo de unión se encuentra en la decisión del autor de terciar a favor de los argumentos de Steven Pinker, frente a la crítica que publicó John Gray del libro *En defensa de la Ilustración*. Al parecer, Grey acusaba al psicólogo canadiense de que no incluía en su libro las ideas de Hume sobre el progreso y la razón porque no encajaban con su tesis optimista, cosa que Gerardo trata de refutar y desmontar en la segunda parte del capítulo.

Ahora bien, no sólo el presente se proyecta hacia el pasado en busca de sentido y explicación, también lo hace hacia el futuro para imaginar posibles mundos mejores. Este es el motivo que inspiró los numerosos proyectos utópicos que se publicaron en el siglo XVIII y a los que se dedican dos capítulos del libro. La profesora de sociología Aina López presenta una investigación sobre la teoría de la idea de progreso como motor del cambio histórico y social en el capítulo titulado «La idea de progreso en el siglo de las luces. Teoría de la Historia y Utopía». De forma complementaria, el profesor Martínez Mesa recopila diversos proyectos utópicos y analiza los valores transformadores que encerraban estos textos con especial atención al papel que jugaba la ciencia en los mismos. En relación con los mundos imaginados se sitúa el trabajo del profesor Espinosa, que versa sobre los proyectos de paz en el siglo XVIII. *Sobre la paz perpetua* de Kant es el texto más conocido, pero no agota ni excluye otras muchas propuestas que hicieron autores menos conocidos (Goudar, William Penn o Reinser), pero muy interesantes. La confianza ilustrada en la perfectibilidad humana, en el uso de la razón y en la consecución de la felicidad en este mundo permitieron concebir como posible y alcanzable la paz mundial.

No obstante, algunas de estas ideas o proyectos pasaron del mundo de las ideas a su puesta en práctica. Así, el capítulo de Ricardo de la Cueva analiza las revoluciones americanas y francesa como acontecimientos políticos en los que se procuró hacerlos realidad. Ambos sucesos históricos tuvieron una

gran repercusión en el momento en que se produjeron y en la posteridad, pero también contribuyeron a que se estableciera un nuevo vínculo entre revolución y progreso. De hecho, en el siglo XVIII, como explica el profesor de la Cueva, el concepto de «revolución» pierde el sentido original de giro o rotación atribuido a los planetas y adquiere el significado de cambio más o menos radical y violento. El progreso de las sociedades se podía acelerar con una revolución sin necesidad de esperar a una transformación, lo cual también conllevaba una visión esperanzadora y optimista sobre el futuro de la humanidad.

El desarrollo de la idea de progreso, sin embargo, no fue unidireccional y presentó aristas más complejas. De hecho, pudo desembocar en la revolución, pero también en la interpretación de que las sociedades avanzan y cambian por etapas. Esta teoría de los estadios, que guardaba mucha relación con la expansión imperial y comercial en el siglo XVIII, es estudiada por la profesora Isabel Wences en la ilustración escocesa.

La impronta secularizadora que encerraban estos planteamientos políticos y sociales, basados especialmente en la posibilidad de alcanzar una vida mejor en el presente como resultado de la acción humana, tuvo una decisiva repercusión sobre la forma de entender el papel de la religión. Ya no era necesario confiar en alcanzar la felicidad en el más allá, podía y debía perseguirse aquí y ahora. No obstante, eso no significó que la religión perdiera toda influencia o peso. Hubo notables filósofos ilustrados que eran deístas, pero no todos llegaron tan lejos. Así, el artículo de John

Laursen, titulado «Benjamin Constant sobre la perfectibilidad progresiva en la religión», entra de lleno en este tema. La teoría liberal de Constant ha sido estudiada por la profesora Sánchez-Mejía (que también colabora en este volumen con un capítulo titulado «Civilización, Progreso y Colonización»), pero el papel que le otorgaba a la religión ha quedado relegado precisamente por la potencia de sus ideas políticas. Por eso, el profesor Laursen realiza un encomiable trabajo al estudiarlo y poner en primer plano la importancia que Constant le daba a la religión. Era un factor indispensable en la vida de los ciudadanos libres, aunque era consciente de que había que articular la forma de evitar sus consecuencias negativas o las expresiones de fanatismo.

Estas reflexiones sobre la religión cierran el libro, pero no sería justo no mencionar los capítulos dedicados a la idea de progreso en Rousseau, del que se encarga la profesora María José Villaverde. Es una gran conocedora y estudiosa del pensamiento del ginebrino, que en un alarde de sinceridad reconoce que hace años le consideraba un antiilustrado y hoy ha modificado su apreciación. Merece la pena seguir la argumentación y explicación de la profesora Villaverde ante la complejidad del pensamiento de Rousseau. Por último, el profesor Antonio Hermosa Andújar analiza la idea de progreso en Kant y Condorcet.

En definitiva, cabe concluir que es un volumen muy interesante y útil para los especialistas en el pensamiento del siglo XVIII. Ofrece una visión completa de cómo se fraguó la idea de progreso en el pensamiento ilustrado y

su plasmación en la modernidad de la que somos herederos. Solo me gustaría hacer un par de críticas o más bien sugerencias para futuros seminarios y libros. Por un lado, he echado de menos algún capítulo dedicado a la Ilustración española y a los pensadores sobre el tema. Por otro lado, en un libro erudito y tan cuidado como este choca ver referencias bibliográficas de obra de autores que escribieron hace siglos con el año de publicación actual. Desde luego precisar todos los datos complica

hacer las bibliografías y las citas, pero creo que merece la pena porque distorsiona mucho encontrar pongo por caso Marco Aurelio (1982). No me cabe ninguna duda de que los especialistas lo entienden perfectamente, pero nada nos indica que con el progreso de la inteligencia artificial no termine por registrar un algoritmo que tome ese dato por verdad y la inteligencia humana se lo crea y lo repita.

Eva VELASCO MORENO